

Casi nada

de Eduardo Hurtado

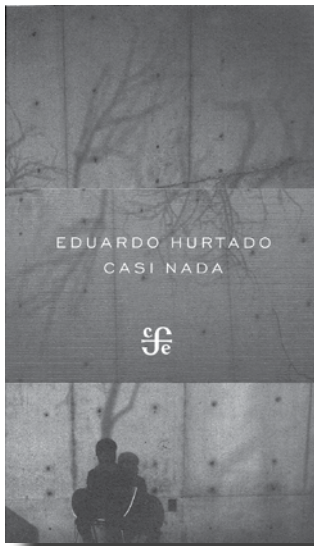
Eduardo Saravia

UN LECTOR DE POEMAS ES, a su manera, un kamikaze. Se arroja en picada sobre el texto y se expone ante él a sabiendas que saldrá herido. Si, por el contrario, sale ileso, toma el texto con desdén, jamás lo leerá de nuevo. Pues el lector va al libro como quien va a la guerra, dispuesto a enfrentarse con el otro, dispuesto a encontrarse consigo mismo. Tal vez por eso el lector de poemas desdeña al autor que lo manda de regreso a casa sin el menor rasguño, en una pieza, quiero decir, intacto.

El más reciente libro de Eduardo Hurtado es, a su manera, un libro arriesgado. Lo primero que recordé tras leer el título fue un poema del libro *Rastro del desmemoriado* (1985): “A un amigo suicida”; ahí, el amigo suicida dice: “Ya casi nada es demasiado”. Y tomar esta frase, una de las últimas que le escuchas decir a un gran amigo, como título para un libro muchos años después, da cuenta de los fantasmas que rondan al autor, de su persistencia, pero también del valor del poeta que asume al enfrentarlo.

Dividido en dos secciones, la estructura del libro es muy clara desde el comienzo. El epígrafe de María Zambrano es preciso. “Hay que dormirse arriba en la luz”, nos dice, lo que nos lleva a la primera sección del libro: “Arriba”. Aquí el lector de Hurtado encontrará muchos de los temas recurrentes de su poesía: el mar, un mar que inunda la ciudad, o el barrio de la infancia, que recorre hasta volverlo real, hasta inventarlo. Imaginación y memoria son los signos en el trabajo de Hurtado; la recurrencia temática, es decir, la fidelidad, su poética. Me explico. Cuando comencé a leer el libro, creí que tal recurrencia no era sino el resultado de la comodidad. El autor autocomplaciente frente al tema predilecto. Pero





Casi nada
Eduardo Hurtado
México, FCE
2011, 99 pp.

mientras avanzaba comprendí que, al contrario, es un acto de lealtad de quien escribe. Respeto su constancia, su fidelidad, incluso hacia su círculo de amigos, cuya presencia se advierte en su verso coloquial, reflexivo, breve, sutil y, hasta cierto punto, pudoroso.

Poemas como “La mesa”, “Un pelícano”, “Jalapa”, “Plan de vida” y “Discordia” pueblan esta sección, que cierra con una pequeña serie de poemas en prosa. Estos textos son la serie de la luz, allá arriba, donde, nos dice Zambrano, “el corazón se abandona, se entrega. Se recoge”.

Para María Zambrano, se sabe, la nada es la última aparición de lo sagrado. La nada es una renuncia y una renuencia del ser: un no ser dotado de actividad, pleno de esperanza y origen de la creación sin tregua. Creo que éste es el sitio de donde surgen los poemas de Hurtado, para quien escribir es poner esa nada al amparo legible de una forma: *El hombre, si articula un secreto, sólo es fuera del tiempo, en trance de mudéz, en la poesía.*

Si la primera parte del libro, “Arriba”, mira hacia la luz, la segunda parte, “Abajo”, corresponde a la oscuridad. Concluyo el epígrafe de Zambrano que abre el libro: “Hay que estar despierto abajo en la oscuridad”. Y es en la oscuridad donde el secreto articulado se torna hostil, casi enemigo. Como nupcias entre el cielo y el infierno, son necesarias las dos partes para reconocerse en ellas. De poemas como “Pabellón de oncología”, “Casos” o “Umbrales” es casi imposible salir ileso:

CASO 2

Afecto a los burdeles.
Le crujen las rodillas
al hacer
caravanas donjuanescas.

Mormado por un crónico
catarro vesical,
por las noches
gotea como un grifo.
Tiene prohibido
el vino. Un continuo escozor
le afecta los pulmones,
los bronquios,
el cogote,

la cavidad nasal
—y una vaga memoria
le oprime el corazón
como un guante de hierro.

Onanista inapelable,
hoy le gana el orgasmo
antes de conseguir
una erección.
Cascarrabias,
el revés más trivial
lo hace montar en cólera.
Después de un gran disgusto
siente agudos
piquetes en el recto.

Se quisiera morir
por las mañanas
—pero encuentra consuelo
por las noches
en su infalible vaso
de leche azucarada.



Fotografías: Alejandro Arteaga

Personajes tristes, acabados, heridos y enfermos pueblan esta serie. Aquí, como en el texto citado al principio, “A un amigo suicida”, encuentro al mejor Hurtado, el que se arriesga. Sabemos por Robert Burton que el melancólico tiene ojos pequeños y profundos, su barba es rala, tiene los hombros caídos, se muestra débil sexualmente, es perezoso, flatulento, tardo de inteligencia, ríe poco y viste con escaso aliño. Por otra parte, en la primera mitad del siglo XIX, Jean-Étienne Esquirol llegó a la conclusión de que la frecuente masturbación provoca melancolía. Y mucho de esto puede verse en los personajes que viven “Abajo”. Son los que sufren con el irreparable paso del tiempo. La nada, su nada, se traduce en soledad. (Para Heidegger también la nada se nos da en las entrañas, en la angustia que en lo profundo de las entrañas se siente: Ortega Muñoz.) Pero al mismo tiempo esa soledad es una lucha constante, lucha entre el arriba y el abajo, entre renuncia y renuencia, entre la tranquilidad del mar y el pabellón de oncología. Es una lucha fiera en verdad, pero equilibrada, en este libro que hoy festejo. **AAA**